

# ...y son ellos y ellas —niños, niñas, jóvenes— los que nos hacen cada día esforzarnos, ilusionarnos, luchar.

**E**sto sólo es un escrito,  
palabras sobre un papel en blanco.  
Y digo sólo, porque vivimos en una sociedad demasiado “administrativa”,  
todo tiene que estar plasmado en un papel  
—con copia de seguridad por si acaso—,  
firmado, compulsado, sellado,...

Pero, por fortuna, en nosotros sigue primando nuestro lenguaje universal:  
la acción, la actuación, el trabajo diario en la cercanía.

Esa actuación directa con los niños y niñas,  
con los adolescentes y los jóvenes.

Que nos recuerdan cada día que la fuerza de las palabras,  
de los grandes proyectos plasmados en infinidad de folios,  
no existe si no los convertimos en irrefutables hechos... y los hacemos vivir.

Y son ellos y ellas, nuestros niños y niñas, nuestros jóvenes  
(sin ánimo de utilizar el posesivo con soberbia)

los que nos hacen cada día esforzarnos, ilusionarnos, luchar.

Recordándonos, cada uno con su historia particular,  
que estamos en el mismo barco,  
que todos navegamos en busca del mismo tesoro:

la libertad de poder elegir.

Poder elegir enfrentarse a la vida,

teniendo en la mano un abanico de posibilidades, de alternativas,  
que desbancan el pretexto de utilizar la intimidación y la violencia  
como única opción para resolver los problemas,  
para hacernos respetar o querer.

Y, así, convertimos nuestra protesta ante la violencia en nuestro trabajo.

No POR los niños y niñas o por los jóvenes, sino CON ellos.

No porque nos importa quienes son, sino lo que pueden ser.

Dándoles la opción de poseer

y poder elegir un pensamiento alternativo,

para que vean más de una salida,

para que vean más allá de la salida de la violencia.

Y posean armas.

Pero armas sin gatillo y sin empuñadura, sino cargadas de diálogo.

Conscientes de todos sus derechos como personas.

Y es que es muy triste tener que calificar la violencia de  
cotidiana, de demasiado conocida y cercana.

Convirtiéndonos así todos en víctimas.

Víctimas de convivir directamente con ella,  
en la propia piel o en la piel del que está a mi lado.

Víctimas de vislumbrarla en la puerta vecina.

O víctimas de sentirla y vivirla continuamente a nuestro alrededor.

Amenazando además con convertirnos también en verdugos:

haciéndonos indiferentes a los llantos,

a los gritos de auxilio o a los que nos muestran su más intenso silencio  
encubriendo un grito ahogado.

Por todo ello, decidimos

(todos los educadores y educadoras de este proyecto)

luchar y trabajar por un “sueño” (desde nuestra Fundación)

hacia un “Horizonte” (que es también nuestro programa)

con la firme propuesta de hacer que

la no violencia y el compromiso social igualitario

sea lo cotidiano, lo conocido y lo cercano.

Y es el momento de agradecer.

Agradecer a todos los que desde el esfuerzo de creer en nuestro trabajo,  
y desde diferentes escalafones o responsabilidades

—desde la ventanilla o el mostrador, desde el despacho o a “pie de calle”—

hacemos posible que esos bonitos proyectos

no queden simplemente

en un montón de folios bien presentados,

con doble copia de seguridad, firmados, compulsados y sellados,

y los convertimos, o intentamos convertirlos,

en realidades en el día a día;

en el hoy, en el mañana y en todos los mañanas venideros.



A continuación se expone un texto, leído en forma de “manifiesto” que se escribió en mayo de 2005 en Valladolid, para la inauguración de la Campaña Arte y Compromiso Social “por la no violencia”.

Este manifiesto fue escrito y leído por Nuria Vicente, educadora de la vivienda El Desván, y firmado por todos los educadores y educadoras del Programa Horizonte. Casi un año después sigue como referente en nuestro quehacer educativo.



Somos 11 educadores y educadoras de Programa Horizonte, Fundación JuanSoñador en Valladolid, que llevamos a cabo junto con algunos voluntarios la intervención educativa con menores, jóvenes y familias en los distintos proyectos que se desarrollan en la ciudad desde hace cinco años.